

CAPÍTULO III

LA ELECCIÓN DE PROFESORES

§ I

EN un colegio, es punto de la más alta importancia la elección de Profesores, puesto que el Director no puede llevar el colegio por sí solo. Los que han de estar incesantemente en contacto con los niños son los Profesores; y lo que llevamos dicho en el capítulo anterior acerca de la religión bastaría para demostrar el importantísimo papel que desempeña el Profesor en un establecimiento de enseñanza.

Preciso se hace, pues, procurar en cuanto es posible que los Profesores que han de coadyuvar á los esfuerzos del Director estén ador-

nados de las cualidades que á este fin los habilitan. Ya en un establecimiento católico no podrá ser conveniente para Profesor del colegio un sujeto determinado, si en él no concurren las necesarias cualidades de religiosidad, celo, laboriosidad y constancia, si no se le reconoce el hábito ó á lo menos aptitud para adquirirlo por medio del ejercicio, de dominar y gobernar bien la clase, y otras circunstancias que pertenece á la prudencia determinar y conocer. En nuestro caso, en que además se trata de plantear el sistema antiguo de enseñanza, se requieren algunas otras condiciones que vamos á enumerar.

En primer lugar ha de tener el Profesor conocimiento del sistema antiguo y firme y resuelta voluntad de ponerlo por obra en cuanto sea posible. Es necesario el conocimiento, porque nadie puede enderezar sus pasos hacia un término que no ve, ni sabe donde está, ó para llegar al cual no conoce el camino. Claro está que no exigimos que los Profesores estén educados según el método antiguo: eso sería pedir ahora casi lo imposible: basta que lo conozcan, lo estimen, y estén resueltos á practicarlo: la experiencia de los sabrosos frutos que se recogen en semejante tarea les harán amarlos cada vez más, y sus discípulos que lleguen más tarde á desempeñar el cargo de Profesores acabarán

la obra que por completo no hayan podido ellos realizar. — La resolución y constancia en la voluntad es tanto más necesaria, cuanto que el ejercicio de este método ha de tropezar al principio con dificultades y oposiciones, las cuales se dejan ya sentir mucho antes de que se perciban los frutos. Si no hay, pues, firmeza para arrostrar los obstáculos con la vista fija en el precioso bien que se espera reportar, llegarán casos en que el maestro desistirá de su intento, se amoldará á los métodos modernos y perderá todo el fruto de sus trabajos pasados y la esperanza de la buena educación de la juventud.

En segundo lugar, es de todo punto necesario que haya concordia en las voluntades, porque sin gran unidad entre los que han de concurrir á aplicar el sistema, entre el Director y los Profesores, será muy penoso el trabajo; pues á las dificultades inherentes á la empresa, y á las extrínsecas que de varias partes les sobrevendrán, se añadirá esta interior división, que sola ella basta para inutilizar los más nobles esfuerzos. Una rueda que no gire en un mecanismo detiene toda la máquina; un solo miembro alterado en sus funciones hace que esté enfermo todo el hombre.

En tercer lugar, se requiere la unidad del Profesor. El antiguo método tiene acerca de los Profesores una tendencia que si en un colegio

se reduce á la práctica, contribuirá extraordinariamente á los adelantos intelectuales y morales de los alumnos. Es la de poner en cada clase un solo Profesor que enseñe todas las asignaturas del curso. De esta norma se separa más fácilmente al llegar el período de las ciencias; pero la mantiene con inviolable fidelidad hasta haber dado fin á la Retórica. Las razones en que se funda merecen ser tomadas en cuenta.

Por de pronto, la multiplicidad de Profesores que tienen ingerencia en una clase de niños de poca edad, aunque á primera vista aparece ventajosa para el adelanto literario por poderse dedicar mejor cada maestro á su asignatura, según el principio de la división del trabajo; no obstante, cuando se mira con más reflexión, se ve que es verdaderamente pernicioso. Cada Profesor, por lo mismo que no tiene más que un ramo á que atender, procede con entera independencia del otro, y así no puede haber unidad en la enseñanza. En vez de considerar en estas primeras clases las lenguas y literaturas clásicas como centro alrededor del cual se agrupan las demás asignaturas, como estudios principales á quienes coadyuvan los demás, que es la idea del sistema antiguo, cada maestro considera su asignatura como principal, redacta extensos programas y textos voluminosos, y exige de los alumnos tantos conocimientos, como

si no tuviesen otra cosa que estudiar más que su propia asignatura. Es, pues, la multiplicidad de Profesores la causa más eficaz del recargo excesivo de los estudios que como vicio del sistema moderno hemos expuesto largamente en el capítulo IV de la primera parte. Olvidando así el fin de los estudios de segunda enseñanza, que es preparar y desarrollar las facultades del alumno, el Colegio parece convertirse en una especie de Universidad en pequeño, en donde todas las materias se enseñan por completo; pero como las facultades del niño son limitadas y todavía están por formar, el efecto que de aquí procede es que no pudiendo estudiar para satisfacer á todos, estudia más en la clase de aquel Profesor que se muestra más exigente, con daño de las demás asignaturas. Y como ni aun así se alcanza á preparar bien la enorme cantidad de conocimientos que los programas requieren, se sigue también de aquí que los Profesores, después de haberse espaciado á su sabor en textos y programas para hacer ver al público que poseen el ramo que enseñan, tienen que cercenar gran cantidad de materia en la preparación de sus exámenes, y acostumbran así al alumno á presentarse en el examen no animado por la certidumbre moral de que se halla bien preparado, sino contando con la benevolencia del Profesor. No podía inventarse

medio más apto para minar por su base la aplicación al estudio. Esto es lo que fomenta aquella gran tendencia que se observa hoy día de frecuentar los estudios, no por adquirir en ellos los sólidos conocimientos y la verdadera ciencia que dirige después al hombre en el gobierno de la vida, sino para ganar cursos y obtener títulos que faciliten una colocación ó un ascenso en los cargos gubernamentales. Todo lo contrario sucede cuando el Profesor es único en la clase. Entonces él da la importancia debida á la asignatura principal, y los alumnos saben que á ella han de dirigir su mayor esfuerzo; y como por otra parte palpa cuán pequeños son los vasos donde ha de infundir la doctrina, no se excede en la cantidad de materia que les da de los otros ramos. Así los discípulos si bien tienen menor cantidad de ciencia nominal en el programa, en cambio la poseen realmente, y saben que no impunemente pueden llegar al examen sin saber todo lo que se les ha exigido. Por donde se aguija su diligencia para que sacudan la flojedad, y se alienta su ánimo con la certeza de que no es imposible de cumplir la tarea que se les ha señalado.

Además de esta razón, que salta á la vista y se ve á cada paso comprobada por la experiencia, hay otras varias que persuaden la unidad del Profesor. En primer lugar, si el Profesor es

uno solo, puede atender muy bien á las necesidades de la clase, y llevar adelante la formación intelectual y moral de sus discípulos. Aquel contacto de varias horas al día en diversos ejercicios y en el desempeño de diferentes obligaciones, hace que el maestro se dé cuenta exacta del alcance de las facultades de cada alumno, de sus inclinaciones y aptitudes, y ve dónde hay que animar y alentar, dónde es necesario refrenar, qué faltas piden corrección, qué ejercicios convienen á la clase en general ó á tal ó cual discípulo en particular. Y teniendo en su mano la clase entera, ordena el estudio de las materias y los ejercicios generales y particulares de modo que quede remediado el daño y realizado el adelanto que sus investigaciones le han dado á conocer. El conocimiento de las sobredichas circunstancias y la potestad para obrar con arreglo á ellas son cosas necesarias para llevar á buen término la formación del niño; y ni lo uno ni lo otro es posible que se obtenga cuando el Profesor sólo durante unas cuantas horas en la semana ve á sus discípulos, á los que despues no ha de volver á tratar. En semejante situación, el mejor Profesor se limitará á hacer mantener estricto orden en su clase, y obligar á los alumnos á que preparen con diligencia las lecciones. Pero de esto á conseguir el objeto final, que es la edu-

cación, hay una inmensa distancia. Tal método concedemos que no tenga inconvenientes cuando se trata de los estudios de Facultad mayor y aun de las últimas clases de la segunda enseñanza, donde se supone ya formado el alumno; pero en las clases primeras, donde los alumnos son niños de corta edad, cuyo cultivo, como de delicadas plantas, exige el más cuidadoso esmero; niños que han de recibir allí su primera formación; cualquiera ve que ese método imposibilita totalmente el fin principal que se pretende.

Mas no sólo adquiere el Profesor conocimiento exacto de las necesidades de los alumnos y dispone de medios con que subvenir á ellas; sino que además, el trato continuo con los niños, el cuidado constante de atender á sus adelantos y al desarrollo de su carácter, engendra y nutre en el ánimo del Profesor un cariño que no tiene otra semejanza que la del amor de padre, que se afana y desvela por el bien de sus hijos. Y este cariño é interés que se manifiesta en todas ocasiones es patente para los discípulos, cuyos ojos, por más que se hallen en aquella tierna edad, son sumamente perspicaces para discernir con certero juicio las cualidades de toda persona que trata con ellos inmediatamente. Así es como en la clase se establecen lazos recíprocos de cariño paternal por

una parte, y por otra de amor y respeto filial, estrechas y cordiales relaciones cuyos afectos se conservan siempre en la memoria de los que han tenido la dicha de pasar por tales escuelas, y contribuyen en gran manera á dar aliento para el trabajo y á formar el corazón y la recta voluntad.

En tercer lugar, nada contribuye tanto al logro de los esfuerzos hechos para educar á los niños, como la creación de hábitos de estudio y de trabajo. Y puesto que el hábito se forma con la repetición de actos semejantes, claro es que el sistema de gobernar toda la clase inferior por medio de un solo maestro obtiene mejor que ningún otro ese resultado. Un maestro es constante consigo mismo, tiene siempre un mismo modo de proceder, sigue un orden determinado en los ejercicios de la clase, y enseña siempre las mismas doctrinas. Y si á pesar de eso se nos dice que puede tener sus inconstancias y mudanzas que sean dañosas al ánimo de los niños; fácil es de ver cuánto más perjudicial será entregar á la vez aquellos corazones aun no formados en manos de tres ó cuatro Profesores, que tienen cada uno su método propio, su manera especial de regir la clase, sus especiales aficiones y muchas veces contrarios pareceres sobre unas mismas materias de que todos han de hablar á los niños. El

niño en su tierna edad no reconoce más que dos autoridades: el padre en casa, y el maestro en la escuela. De donde proviene que al encontrarse con aquella diversidad y discordancia, no sabe á quién inclinarse definitivamente y concluye por no formar hábito alguno que más adelante le pueda fortalecer y dirigir.

Finalmente, el mismo orden exterior, que es un poderoso elemento para el progreso intelectual de los niños, queda alterado y perturbado cuando son muchos los que han de influir en una misma clase. Ya hemos visto cómo en semejantes circunstancias, de nada puede adquirirse hábito, pues lo que el uno hace el otro lo deshace. Pero además de esto, es preciso añadir que entre cuatro Profesores que intervengan en la clase, no siempre será fácil hallarlos tales, que todos sepan mantener debidamente el orden; y cualquiera de ellos que en esta parte flaquee dejará sentado un mal precedente para los que le suceden, hará nacer en el ánimo de los alumnos la persuasión de que hay ocasiones en que impunemente se puede promover desorden en la clase, y será por lo tanto causa de que pierdan el saludable respeto que inspira la escuela á los niños bien disciplinados. Y si en el caso presente se dice que mayor daño se seguiría si el Profesor único es incapaz de mantener el orden, que si lo es alguno de los

parciales, responderemos no ser esto exacto, porque aquel Profesor queda enteramente inhabilitado para aquella clase y forzosamente habrá de ser sustituido por otro. De suerte que el daño de ser el Profesor impotente para mantener el orden conveniente, daño capaz de arruinar una clase en lo intelectual y en lo moral, no es posible que dure con el sistema antiguo, mientras que con el sistema de Profesores parciales, se puede perpetuar durante largos años esa verdadera gangrena para un establecimiento de educación.

La instrucción, pues, los hábitos, el orden y disciplina y el trato íntimo entre maestro y discípulos, reportan grandes provechos si en la escuela hasta pasados los primeros años no hay más que un solo Profesor en cada curso. Si todas estas razones ya son de peso, lo que en el capítulo anterior hemos dicho acerca de la religión las esfuerza de manera que fácilmente se descubre ser poco menos que absoluta la necesidad de esta unidad de Profesor. La mayor parte de la educación religiosa depende del maestro, y sólo por su cooperación pueden tener eficacia los medios que corresponden al colegio. Pues siendo así que para aplicar todos estos medios se requiere interés especial por los alumnos, trato continuo con ellos, y de parte de los mismos alumnos respeto á la vir-

tud y plena confianza en la persona del Profesor, es manifesto que todas estas condiciones apenas y sin apenas se pueden reunir en ninguno de los Profesores, cuando son varios los que entran en una clase.

Por las razones expuestas se verá cuán fundado va el antiguo sistema al establecer que en cada curso y en cada clase de las inferiores no intervenga más que un solo Profesor, y que, en cuanto sea posible, el mismo Profesor tome los niños al entrar en la clase de rudimentos, suba con ellos y los acompañe en todos sus estudios, y sólo los deje al salir de la clase de Retórica para pasar al segundo período de la enseñanza. Esta última práctica trae consigo, además de las ya enumeradas, la gran ventaja de evitar un daño que por experiencia conocen cuantos se han dedicado á la enseñanza. En conocer al Profesor, acostumbrarse á su método y entender sus explicaciones, pierden los niños al empezar cada curso un tiempo precioso, mayor todavía que el que necesita el Profesor para hacerse cargo de la disposición, índole y necesidades de cada uno de sus discípulos. Las mismas enseñanzas, repetidas por distinta voz y con distintas palabras, les hacen aparecer las cosas ya conocidas como si fuesen nuevas y por primera vez se hubiesen de aprender. Este inconveniente se evita del todo cuando ni el Profesor

ni los alumnos tienen que hacer este trabajo preliminar. Todos son entonces una misma familia que pasado el tiempo de descanso reanuda sus tareas, y sigue siempre adelante sin estorbo ni interrupción.

§ II

A todas estas razones opondráse sin duda la siguiente dificultad. Bien parece desde lejos la pintura de un maestro que según el antiguo sistema está enteramente ocupado en trabajar para su clase, ora en preparar las explicaciones tan completas como en la segunda parte se han detallado, ora en acomodar las composiciones á la capacidad y adelantos de sus alumnos y en corregirlas, ó en disponer trabajos extraordinarios para los más aventajados; y según este último perfil de la unidad de maestro en cada clase, se pasa las cuatro ó quizá las cinco horas diarias en compañía de los niños en el aula. Pero todo esto supone maestros que ocupen todo el tiempo de que pueden disponer en la enseñanza, que consagren su vida y todas sus fuerzas (y á fe que se necesitan bien robustas) y que se ofrezcan con invencible paciencia á la

tarea de educar unos cuantos niños. Y semejantes hombres ¿dónde se encuentran?

Señalar como se señalan en la presente dificultad los oficios del maestro, y las relevantes cualidades de virtud, de abnegación y constancia que tales oficios requieren, es trazar el ideal del maestro cristiano, y con el mismo pincel bosquejar la figura de lo que son y han sido siempre las Órdenes religiosas docentes. Aquel religioso que habiendo renunciado al mundo no espera ya de él ningún medro personal, ni más recompensa quizá que la persecución y el destierro, que no tiene que atender á la subsistencia y comodidades propias ni á las de su familia, cuyo sereno ánimo jamás se mezcla en contiendas ni desciende á los revueltos campos de la política; cuyo tiempo, cuyos afanes, cuyo trabajo y su mismo corazón está repartido únicamente entre el amor de Dios y sus alumnos; aquél es justamente el maestro que la objeción iba buscando. Si ama la ciencia, es para sus discípulos; si se dedica al trabajo, es para sus discípulos; si tiene cuenta con el tiempo como un avaro con su tesoro, es para sus discípulos: su vida entera está concentrada en la clase; allí descansan sus pensamientos, y más allá del bien que en este ministerio puede hacer á sus alumnos, ninguna cosa desea.

Por donde se ve cuán errados y cuán injus-

tos han andado los que en la moderna edad han declarado á las Órdenes religiosas ineptas para enseñar. Las Órdenes religiosas docentes, por la misma naturaleza de su instituto, y aún suponiendo en todo lo demás iguales circunstancias de saber y virtud, son evidentemente más aptas para enseñar que cualquier reunión de Profesores. Los padres de familia no reconocen otros educadores en cuyas manos con más confianza depositen el tesoro de sus hijos. Los mismos impíos que en algunas naciones les han hecho la guerra por espíritu de secta han dado testimonio á la verdad en conversaciones privadas y á veces haciendo que sus hijos y allegados se educasen bajo la dirección de los religiosos. Pero el espíritu sectario, el influjo exterminador de la masonería y el odio contra la Religión, ha prevalecido en lo público sobre toda razón y convencimiento, y esos mismos hombres han sancionado leyes iníquas de expulsión, y han repetido en periódicos y folletos lo que ellos estaban bien lejos de creer.

Volviendo ahora á la dificultad, es mucha verdad que para el ministerio de la enseñanza se necesitan hombres resueltos y abnegados; y esto prueba que, como todas las empresas de importancia, la empresa de la educación exige sudores y fatigas. Sin trabajo no se consigue ningún insigne resultado; y más si ha de ser tan

estable y duradero como el fruto de la buena educación. Pero al fin, aun entre los seglares, cierto es que la semilla de los hombres que se resignan á vivir ignorados del mundo, conocidos sólo de sus discípulos y esclavos de su obligación, no se ha extinguido todavía, y si hubiera quien los buscase y favoreciese, no faltarían tales Profesores, que son el más firme sostén de cualquier colegio.

Pero se replicará, ya que se hallen quienes se decidan á soportar el trabajo que lleva consigo semejante tarea, es imposible que haya Profesor apto para enseñar á un tiempo á toda la clase la multitud de asignaturas que en un mismo curso tienen que aprender; y mucho más imposible, si, como ya se ha insinuado, se hace que el Profesor acompañe á la clase desde los rudimentos de Gramática hasta acabar la Retórica. — En el sistema antiguo ninguna dificultad hay en esta parte: las materias que corresponden á los años de educación literaria son tan afines y homogéneas entre sí, que no hay dificultad en que un mismo Profesor las posea y las enseñe todas. Si el sistema moderno tropieza con esta dificultad, cúlpese á sí mismo por haberse empeñado en hacer aprender al alumno una enciclopedia distribuída lo más indigestamente que ha sido posible. De todos modos, para el intento de que se trata ni aun

así es insuperable la dificultad, aunque no dejaremos de confesar que sea notable. Pero si el Director reparte las materias en el mejor orden posible, como en el capítulo siguiente indicaremos; si el Profesor se resuelve á emplear su trabajo en estudiar asiduamente los ramos de que se trata, podrá enseñarlos bastante bien; y si acaso en la exposición de alguna asignatura no llega á los primores adonde un Profesor únicamente dedicado á ella podrá llegar, aun entonces la enseñará con más fruto á los alumnos; puesto que, como ya lo llevamos dicho y no nos cansaremos de repetirlo, en la enseñanza secundaria no es lo principal que se pretende el cultivo material de la inteligencia, sino el formal. El formal ya hemos visto cuánto gana con la unidad de Profesor. Y por lo que toca al mismo cultivo material, muy bien se ha dicho que con más facilidad se encontrarán maestros que sean capaces de enseñar bien la multitud de ramos de estudio que tocan á cada curso, que discípulos que puedan bien aprenderlos.

CAPÍTULO IV

DISTRIBUCIÓN DE LOS ESTUDIOS

§ I

DESPUÉS de haber examinado lo perteneciente á la formación cristiana del corazón, parte principalísima en la educación, del joven, y á la elección de los Profesores pasaremos ahora á hablar de la concertada distribución de los estudios, medio necesario para el debido cultivo del entendimiento. Cuanto toca á esta materia lo hemos expuesto largamente antes de ahora: el recargo de asignaturas y lo absurdo del método simultáneo en los capítulos IV y V de la primera parte; la división que se debe hacer en dos períodos, y